

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO III

TEGUICIGALPA: 15 DE SEPTIEMBRE DE 1903

NUM. 45

Impresiones de estética

XVI

Hay horas profundas en que sentimos el espíritu abierto á toda impresión de belleza, apto, de una manera extraordinaria, para recibir la visita sagrada de las ideas. Entonces el alma, trémula como el ala de una mariposa, percibe los matices de las más sutiles sensaciones y el significado de las más extrañas músicas, y gozamos singularmente de esa casta alegría que sólo pueden proporcionar los placeres espirituales, abandonándonos al encanto de la poesía de las cosas. Por que, en verdad, que aun á las más groseras formas de la materia llega el hálito perfumado del ensueño, y que en todo cerebro humano han brillado, más ó menos intensamente, las luces de la fantasía

En horas así la música llega á producirnos una embriaguez inefable. Los sonidos nos adormecen con sus voluptuosas caricias, y se llena nuestro corazón de dulces quimeras. El poder de la armonía se manifiesta entonces en toda su plenitud y esclaviza nuestro pensamiento.

...En una noche de honda nostalgia, cerca del monótono mar turbulento, escuchamos hace algunos años, una formidable sinfonía de Wagner, el enorme viejo divino, á quien las almas de los artistas rinden culto. Era, al principio, una verdadera tempestad melódica, de relámpagos y de truenos y de terri-

bles estruendos, que nos hizo soñar con gigantescos derrumbamientos de montañas, con huracanes que arrancaban de las cumbres las rocas negras y de los bosques los álamos milenarios.....

Después, bajo la obsesión de la estupenda armonía, vimos pasar, á la cárdena luz de un incendio, ejércitos en fuga, en el trágico terror de la batalla. Oímos el ronco retumbo de las baterías, el ruido de las armaduras y el galope de los corceles. Contemplamos los estandartes y los uniformes, las espadas homicidas fulgurando en el aire y los cadáveres ensangrentados sobre la tierra muda.....

De improviso, la tormenta musical se convirtió en una melodía dulcísima, maravillosamente triste é impregnada de una melancolía sobrehumana.....

....y en un esquife fantástico erramos entonces, bajo el rayo de la luna, en un lago de aguas sonoras, oyendo el cantar de las sirenas, viendo temblar sobre las ondas al loto de pétalos marmóreos... Luego vagamos por una campiña florecida de violetas, esperando á la amada que nos dió una cita á la hora en que muere el crepúsculo; ó emprendemos, al primer fulgor matinal, un viaje misterioso hacia una ribera ignota....

Y es así cómo el poder de la música se manifiesta á veces en nosotros, lanzándonos en pleno ensueño de ilusión y de poesía.

FROILAN TURCIOS

Diana de Poitiers

DIANA de Poitiers es una de las hechiceras de la historia. Su nombre evoca y reúne, como si hubiese sonar un cuerno mágico, al coro de diosas esparcidas en las pinturas y en los bajo-relieves del Renacimiento. Evoca á las dos Dianas de Juan Goujon, la que se apoya sobre un ciervo grande, que parece un príncipe encantado; y la que contempla amorosamente al uoble animal, que con el atrevimiento del cisne de Leda aproxima la boca á los labios de la diosa, como para adquirir forma humana por la virtud de su beso. Evoca á la ninfa de Benvenuto, acostada entre perros y bestias feroces. Evoca en fin á las divinidades cazadoras de Primitice y de su escuela, que arrojan flechas, apuntan el arco, alargan los ondeantes cuerpos al borde de las fuentes, ó andan desnudas por el campo en medio de un ejército de ninfas. La imaginación confunde en un sólo tipo á todas esas esbeltas imágenes y les da á todas el nombre de la beldad triunfante que las inspira. La historia puede asegurar que esa joven diosa, era una mujer vieja, que Diana de Poitiers contaba cerca de medio siglo en la aurora de su reinado; pero no se cree, no se cree á la historia; se ha dado preferencia sobre las fechas exactas, á la cifra amorosa que casa la inicial del monarca con dos medias lunas enlazadas; la posteridad conserva para Diana los ojos deslumbrados de Enrique II.

Reynaldo en los jardines de Armida, Roger encantado por Alcina, Merlin cautivo de la hada Viviana en los arbustos del bosque de Ardennes, dan apenas una débil idea de cómo hechizó al rey crédulo un maga que tenía la edad de las hechiceras. El rey la amó toda su vida, única y exclusivamente. El favor de Diana no tuvo un sólo momento de eclipse; ni una sola nube empañó la media luna simbólica, que se convirtió en el astro del reinado. Se conservan algunas cartas de Enrique II á su favorita, que todas ellas respiran servidumbre apasionada, y hasta la escribió unos versos, tras cuya rudeza y poca sonoridad se transparenta el corazón enamorado de ese rey, que era literato.

Diana de Poitiers, querida con título, ocupaba entre Enrique II y Catalina de Médicis el sitio de la tercera persona de la trinidad monárquica. El blasón de su adulterio oficial decoraba las paredes, los castillos, las bóvedas de los palacios y hasta los arcos de triunfo de las entradas reales; y el rey le llevaba hasta en los trajes de gala, siempre sembrados de medias lunas. Hasta en el coronamiento de Catalina, la inicial de Diana enlazada con la del rey se ostentaba en todos los decorados de la fiesta. Cuando el rey visitó á Lvon con la reina, de regreso de Italia, la ciudad le dió un baile que representaba *La caza de Diana* que era la apoteosis de la favorita. "Mad. de Valentinois, dice Brantôme, á quien el rey servía y á nombre de la que se compuso esa caza, quedó muy satisfecha, y después conservó un cariño especial toda la vida á la ciudad de Lvon." En el torneo en que Enrique II sucumbió herido por la lanza de Montgommerv, llevaba el rey todavía los colores de Diana, cuando ella había cumplido ya los sesenta años.

¿Qué es lo que hizo nacer pasión tan extraña y tan absorbente, que Nicolás Pasquier atribuye al encanto de una sortija encantada? Poseía verdadera hermosura Diana, sin duda alguna, y hermosura de mármol; pero sesenta años trascuridos dejan huellas hasta en el mármol. Por una parte Brantôme exclama: "He visto á la duquesa de Valentinois á la edad de setenta y dos años, tan bella de rostro, tan fresca y tan amable como á la edad de treinta."—Por otra parte, desde 1538, emigramas latinos la reprochan con rudeza cínica, "sus arrugas, su cutis flojo, sus dientes postizos y sus cabellos grises."—La verdad en este caso debe colocarse entre la adulación y la injuria. Es cierto que Diana luchó heroicamente contra la edad; poseía no sólo el orgullo de la diosa, cuyo temible nombre llevaba, sino también la actividad viril, las costumbres matinales, la pasión por la caza, el gusto del agua fría con la que se bañaba en el rigor del invierno. Tal régimen la mantuvo largo tiempo; sobre todo, las abluciones frías, que según los cronistas, fueron la verdadera fuente de su juventud. El embajador veneciano, Lorenzo Conta-

rini, que la vió en 1552, con los ojos imparciales del indiférente, hace de ella el siguiente retrato: "La persona que en el reino más ama el rey, es sin duda Mad. de Valentinois. Es una mujer de cincuenta y dos años, en otro tiempo esposa del gran Senescal de Normandía y nieta de M. de Saint-Vallier, la que quedó viuda, joven y hermosa, y fué amada y probada por el rey Francisco I y por otros, según públicamente se dice; después vino á entregarse en manos del rey Enrique cuando aun era delfín. Este la quiso entrañablemente, la quiere todavía y es su querida á pesar de ser tan vieja, *cosí vecchia come i.* Pero hay que conesar, que aunque nunca usó de afeites, y quizá por tener cuidados minuciosos de su persona, no parece que tenga los años que efectivamente cuenta."

Las pocas efigies auténticas que se conservan de Diana convienen con ese retrato imparcial. Marcan una robusta matrona, esculpida á grandes rasgos, de frente alta, de ojos severos, de nariz impetuosa. Ancha de garganta, de espaldas abundantes, y cuya boca apretada parece hecha, no para besar, sino para guardar un secreto. No hay en ellas morbidez ni voluptuosidad, tienen el aire de una Juno romana y las formas macizas de una patricia de Venecia.

No debe tampoco atribuirse el imperio de Diana sobre el rey al atractivo de los sentidos. Enrique II carecía del temperamento pantagruélico de su padre. Era casto, de sangre lenta y pesada, de carácter torpe y de cuerpo ágil. El Fauno engendró á un amante frío. Dos ligeras y fugaces aventuras se traslucen apenas en toda su vida: una entrevista con una italiana, de la que resultó Diana de Francia, y los amores con una escocesa que un complot de corte arrojó en sus brazos. Diana de Poitiers poseía también la frialdad de su patrona pagana, sino la virginidad. No tiene un sólo capricho en su vida activa, cuyos actos van rectos á su objeto, como flechas arojadas con seguridad. Sus raros amores, si tuvo algunos antes que con Enrique II, fueron políticos; instrumentos más de ambición que de placer. Su enlace con el monarca fué tan decente, que mucho tiempo se creyó

que era platónico.—"El delfín no es aficionado á las mujeres," exclama Marino Cavalli, uno de los enviados venecianos, que fueron los mejores espías de la historia.—"Le basta con la suya. Para la conversación se liga á la Senescala de Normandía, que tiene cuarenta y ocho años. La profesa verdadera timura, pero no hay en ella nada de las. y su afección es como la de una madre para su hijo. Se afirma que esta señora ha tomado á su cargo enseñar, corregir y aconsejar al delfín y encaminarle á actos dignos de él."

Marino Cavalli está casi casi en lo justo. El prestigio de Diana consistió en la fascinación romanesca y caballeresca que ejercía sobre Enrique II. Le deslumbraba con torneos, le inspiraba hechos de armas y empresas dignas, le nutría de amorosas abstracciones, y se colocaba frente á él como "señora de sus pensamientos," no como mujer de alcoba. La ostentación del luto eterno que llevaba por su marido el Senescal de Brezé, había desde luego hecho muy difícil su conquista; triunfar de la virtud de Diana era casi seducir á la reina Artimeusa. Al que la hubiera preguntado el secreto, hubiera podido contestar como la Caligai á sus jueces: "La influencia de un alma fuerte sobre un alma débil, la de una mujer de talento sobre un tonto." Pero ese tonto tenía la imaginación de un paladín de la Tabla Redonda; Enrique II bajo un aspecto soñoliento y apagado, ocultaba un alma fantástica. Turbaban su cerebro las visiones de la caballería; *Amadis* era el libro que tenía á la cabecera del lecho. Tenía algo de D. Quijote, ese rey de triste figura; Diana de Poitiers fué su Dulcinea; Dulcinea engañosa, tan quimérica como la del Toboso, idealizada por las artes, incesantemente rejuvenecida en los cuadros mitológicos en que ella se colocaba. Todas las *Dianas* vagamente percidas, que surgían á la vista del rey, como apariciones olímpicas al volver cada andén del parque, en cada sala de Chambord y de Fontainebleau, le divinizaban á su querida. Aparecía y reaparecía de fresco en fresco y de grupo en grupo como por entre una hilera de espejos mágicos. El reflejo transformaba á la mujer,

la blancura de los mármoles se mezclaba á la de la carne, y la inmortal juventud de las divinidades rejuvenecía á la matrona. En esa transfiguración perpétua, ¿dónde concluía la duquesa y dónde comenzaba la diosa? La media luna invocada en los encantamientos paganos, terminaba la obra fatídica. Las bóvedas de los palacios reales cargados de medias lunas celebraban la apoteosis de Diana como el cielo estrellado canta en los psalms la gloria de Dios.

En materia de hechicería, el castillo d'Anet fué la obra maestra de la Favorita, y puede creerse edificado según el plan de un mágico del Ariosto. Sitio exquisito, poblado de estatuas, decorado con elegantes pórticos, regocijado por la abundancia y por el canto de aguas vivas, con perrerías donde resuenan los ladridos de las jaurías y con pajareras donde patean los halcones.

Y por todo el rededor del jardín sembrado de bosquecillos, de llanuras y de bosques llenos de caza, rodeados por una blanda cintura de colinas. Tal era el asilo de la encantadora. El rey pasaba en él muchos días encantado bajo la influencia de la hada de sitio. En medio de la guerra de Italia y de Alemania se le ve aspirar en las fuentes d'Anet, como el ciervo de David en los manantiales.

Aunque busquemos á la reina en toda esta historia, aparece apenas, eclipsada por la diosa de la Media-Luna; es una *Ceneréntola* coronada. Estéril largo tiempo, temiendo el divorcio, y rechazada por el rey, Catalina de Médicis se anonadó ante su rival. No pudiendo derribarla se arrojó en sus brazos. Diana la protegía, y de vez en cuando la consolaba con altiva compasión imperiosa como la Venus de la Niada arrojando á París sobre el lecho de Helena, ella metía al rey en el tálamo nupcial. Contarini lo refiere con claridad en un despacho al Senado de Venecia:—"La reina trata con frecuencia á la duquesa, la que por su parte le hace con el rey los mejores servicios, y con frecuencia ésta es la que le exhorta á ir á dormir con la reina." Según el ritual caballeresco, en la esfera sublime á la que habían elevado sus amores, esto no era una infidelidad del amante. ¿Qué

importaba la esposa material á la querida del alma, ni la generadora dinástica á la inspiradora de la monarquía? ¿Raquel no abrió á la sierva Bilba la tienda de Jacob?..... Como la hija de Laban, Diana de Poitiers, enviando al rey á la cámara de Catalina, podía decir: "Hé aquí á mi sierva. Ven hacia ella tendrá hijos y los educaré sobre mis rodillas y ella me glorificará."

Segunda vez el verso bíblico se realizó al pié de la letra. Catalina tuvo hijos. Diana los educó sobre sus rodillas, y fué glorificada. La mutación de la diosa, cuyo nombre llevaba, es visible en todos sus actos; todavía en lo siguiente permanece fiel á su tipo. La Mitología atribuía á la hermana de Apolo el poder librar á las mujeres del trabajo y el patronaje de los niños. Diana reivindica acerca de la reina esa función propia. Asiste á los partos, la cuida en las convalecencias, dirige la elección de nodrizas y se ocupa hasta en los menores detalles de la salud de los príncipes recién nacidos. Llena sus cartas el tráfico de nodrizas y de criaturas; hay en ellas reglas acerca del régimen interior de la casa, cambios de residencia mandados á la menor sospecha de epidemia ó de malos aires, alertas hacia las querellas de los criados y los gobernantes, médicos amonestados, medicamentos expedidos, etc. Un día envía polvos de unicornio para curar el sarampión de una princesa, remedio fabuloso que sana cuando lo propina una hada cazadora.

Esta usurpación de maternidad, autorizada por el rey y sufrida por Catalina, colmaba el poder de Diana. Sólo los hijos hubieran podido alejar de ella á su real amante y aproximarle á la reina; pero adjudicándose los Diana desde su altura, acaparando los cuidados de la cuna, dejando únicamente á la reina la función de darlos á luz, la anulaba todavía más que antes. La madre pasiva, destituida de la educación, se horrabá detrás de la segunda madre, vigilante, activa, eficaz genio tutelar de la dinastía. —Dos cuadros de la época celebran insolentemente esa usurpación maternal. Uno de ellos presenta á Diana sentada, desnuda, dentro del baño, y á su alrededor á los niños

príncipes de Francia, mientras les amantan ó juegan en la cámara (1). El otro la representa también desnuda, por su privilegio de diosa, rodeada de las damas de la corte, que visten de gala, y recibiendo solemnemente á un príncipe recién nacido que una mujer arrodillada le presenta. La reina, reconocida, se aleja á pasos lentos por el segundo término (2).

Se repite la historia de la Biblia:—“Bilha concibió y dió á luz un hijo de Jacob.—Raquel dijo: “Dios me juzgó, oyó mi voz y me concedió un hijo.”—Bilha, sierva de Raquel, concibió segunda vez y volvió á dar á luz otro hijo de Jacob. Raquel dijo: “Luché contra mi hermana en divinas luchas y la he vencido.”

Separemos todo el anterior aparato olímpico, soplemos sobre la media luna, disipemos las fantasmagorías mitológicas que velan y trasfiguran á Diana, y encontraremos en ella una mujer, no de Estado, sino de negocios, explotando y esprimiendo el favor. Su única pasión fué la codicia; voracidad inmensa, insaciable, que no hartó la Francia despedazada y devorada durante catorce años. ¿Qué son las concusiones de la Pompadour, las dilapidaciones de la Dubarry, al lado de las de Diana de Poitiers?... Pequeños hurtos y cohechos; Diana aspiraba á todo y lo absorbía todo, confiscaciones, beneficios, procesos, ventas de gracia y de cargos, á Anet, á Chenonceaux, al ducado de Valentinois, á provincias enteras. Llegó un momento en que se hizo adjudicar “todas las tierras vacantes del reino,” y éstas constituían casi la cuarta parte de Francia. En una de sus cartas se la ve comprar y vender con su primo Charlus cautivos españoles, apresados en el mar por el barón de la Garde, y que el rey le regaló. Trataba de venderlos lo más caro posible, y decía á su primo: “Veréis quién dá más; si los capitanes de las galeras ó los genoveses, y los entregaréis á quien más dé.” Los capitanes de las galeras ofrecen veinticinco escudos por pieza. “Eso no es razonable, dijo Diana, porque no se reunirían al todo

más que cerca de doce mil escudos.—Pero como el Turco, aliado del rey, pudieran reclamar su parte en la captura, le contestó:—“Os suplico que con premura saquéis el mejor partido posible, porque se me acaba de decir que el Gran Señor envía un hombre con ese objeto para reclamar del rey, y quisiera que estuviesen vendidos antes de que llegue dicho hombre.” Extraño y casi increíble espectáculo! ¡La Diana de Juan Goujon despachando en el mostrador de un bazar de esclavos!...

Los suplicios constituían parte del botín de la favorita; se puede decir que acuñaba moneda en la plaza de la Grève.

Fué para los protestantes la feroz Diana de Tauride. Al degollarlos, los dejaba sobre su cofre convertido en altar.

“La vaca de Colás” (así se llamó entonces á la reforma), fué su vaca de leche y de sangre.—La historia registra la escena trágica del obrero calvinista que Diana hizo comparecer en su cámara para que abjurara delante de Enrique II. No por eso se asustó el obrero, habló alto y sostuvo su fe; cuando Diana quiso intervenir en la controversia, tronó como lo hubiera hecho Elías apostrofando á Jezabel:—“Señora, contentaos con haber infectado la Francia y no mezcléis vuestra inmundicia en cosa tan sagrada como es la verdad de Dios.” Furioso el rey, quiso ir á verle quemar vivo, pero retrocedió traspasado de espanto ante la mirada fija que el mártir clavó sobre él, en medio de las llamas.

Entre las fases brillantes y divinas, Diana, como su patrona, tenía una fase infernal. Los colores rojizos que la rodean en los frescos de Fontainebleau, que la representan bajo la imagen de Hécate, provienen del reflejo de las hogueras ardientes.

Sus curiosas cartas, hace pocos años publicadas, presentan con toda su desnudez la dureza de su alma y su voluntad implacable. Son breves, apretadas, exactas, tendiendo al hecho, sin ambages ni adornos. No se encuentra una lágrima ni una efusión de ternura en esas misivas áridas. No hay una flor en la maleza. Aquí y allá entre las páginas se ven protestas de benevolencia ó de modestia fin-

(1) Museo de Versalles.

(2) Colección de cuadros de Mr. Lackmiche.

gidas, semejantes á sonrisas falsas; porque no hay nada tan seco y tan glacial. Parecen escritas esas cartas con la punta de una flecha, sobre la arena ó sobre la nieve.

Imponente decoro y majestuosas actitudes disfrazaban su vida de fraude y de explotación. El orgullo de Diana no se humillaba jamás; vivió sobre un pedestal. Cuando el rey murió, salió como reina de teatro del sitio donde reinó largo tiempo. Todavía respiraba Enrique II cuando Catalina de Médicis la requirió para que devolviera las joyas de la corona, que llenaban sus cofres. Diana preguntó al enviado: "El rey ha muerto ya?—No, señora, respondió, pero no tardará en espirar.—Pues mientras le quede un momento de vida—contestó ella—quiero que mis enemigos sepan que no les temo y que no les obedeceré mientras él viva. Cuando muera, ya no deseo tampoco vivir, y todas las amarguras que me puedan proporcionar, se convertirán en dulzuras para mí después de su pérdida. Por lo que sea, vivo ó muerto mi rey, no temo á mis enemigos (1)."

Espiró Enrique II y Diana mantuvo siempre su soberbio continente, y no devolvió nada, excepto Chemonceaux, con cuyo rescate se contentó Catalina; y la favorita se retiró lenta, tranquilamente, cargada con los despojos de la Francia.

Vivió todavía siete años en su castillo d'Anet, reconciliaba en seguida con el nuevo reinado y siempre hermosa, si hemos de creer á Brantôme, que canta un himno á su crepúsculo. El testamento de Diana erizado de cláusulas, de restricciones y de reservas, equivale á una autopsia moral. El ceremonial de su sepultura, las misas, los rezos, las limosnas mortuorias, los trajes de luto pagados á sus servidores, los cirios y los rosarios de que se había de proveer á los pobres honrados, que debían repetirse unos á otros "Rogad á Dios por Diana de Poitiers" están arreglados en el testamento con precisión porfiada: "Con tal de estar bien servida en la iglesia, poco me importan las pompas del mundo." Su carácter positivo se marca todavía en ese contrato de

última hora. Diana moribunda trata los negocios de su alma con la misma aspereza que trataba los de la vida en la tierra.

A pesar de todo, el arte prevalecerá sobre la historia, los mármoles vencerán á los textos, y los cuadros taparán la realidad y Diana continuará siendo para la posteridad la diosa protectora del Renacimiento. Aparecerá siempre con su desnudez divina, apoyada sobre un arco de plata en el umbral de un castillo de la Turena, entre Francisco I, que la mira con su continua risa de sátiro, y entre Enrique II, que la contempla con su vaga mirada de Acteon.....El cuerno suena, las estatuas avalanzadas surgen por entre las claridades de la floresta, las aguas saltan y se encorvan en conjunto de surtidores, un ciervo real aparece entre el espeso arbolado y viene suavemente á tenderse á sus piés. Un mágico llega y fija para siempre el grupo ideal, y la apoteosis ilusoria se convierte en consagración eterna.

PAUL DE SAINT-VICTOR

Durante el crepúsculo

I

Alto del alto balcón la luz discreta en hilos de oro pálido cafa,
y aun la canción del último poeta temblaba en la mármorea galería.

Dudé; temí...confuso y vacilante detuve en el umbral la incierta planta,
y un dulce acento murmuró: "¡adelante!"
y una voz juvenil me dijo: "canta."

Entonces penetré: cobarde y mudo clavé en el fondo del salón los ojos,
y ví brillar el esmaltado escudo bajo un dosel de cortinajes rojos.

II

Y la miré...Sobre el sitial obscuro su inmaculada faz resplandecía,
y se bañaba el tapizado muro en la azul claridad que la envolvía.

Hermosa aparición!...Doblé la frente,
pulsé el laúd y medité un momento...
Y empecé á desatar tímidamente el ala entumecida al pensamiento.

Canté: "Yo soy el nuncio de la pena;
vengo de las comarcas del oído,
y, bardo errante, mi palabra suena con algo de sollozo comprimido.

(1) Brantôme.

Señora mía, ya fragantes flores
los caballeros á tus piés regaron;
ya en el rojo escabel los trovadores
para verte y cantar se arrodillaron.

Hizo verter tu mágica belleza
raudales de armonía á los laúdes.
y cife, como un nimbo, tu cabeza
el fulgor celestial de las virtudes.

El áureo manto de tus hombros rueda,
en blandos pliegues por la rica faida,
hasta el chapín, que bajo el brial de seda,
despide su destello de esmeralda...

¡Conserve Dios tu vida y tu abolengo!
Yo me ajeo de aquí... noble señora;
que soy el nuncio del dolor y vengo
del lejano país donde se llora!

Morir debieran en el aire mudas,
las pobres notas que mi lira arranca;
yo sólo sé cantar amargas dudas,
y trovas tristes á mi musa blanca!...

III

Después...colgué el laúd, la ví un instante,
holló mi planta la tupida alfombra,
y tímido, confuso, vacilante,
dejé el salón y me perdí en la sombra.

LUIS G. URBINA

Simbolo

RA un rey patriarcal en el Oriente indeterminado é ingénuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo.—Todo era libertad y animación dentro de este angusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban corros los pastores cuando consagraban á rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer lá tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían sobre trezados juncos, las flo-

res y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhonerós de Damasco, cruzaban á toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto á su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandadas bulliciosas al pié del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol.—Lo mismo á los seres sin ventura que á las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso: vientos, aves y plantas parecían buscar,—como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís,—la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelios de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pié maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le saipicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisíal, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por donde quiera la animación de una fiesta inextinguible....

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta á la mirada vulgar—como la "perdida iglesia" de Uhland en lo esquivo del bosque—al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que á nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio

velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste.—Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa.—Alguna vez,—cuando la noche era diáfana y tranquila,—abriéndose á modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernirse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indispicable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio sér. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silencio. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo...—Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando á nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían á lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino á recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar sólo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

JOSÉ ENRIQUE RODO

de *Meretrix*

(PARA FROILÁN TURCIOS)

Con la mano en la frente dolorida
la faz marchita como rosa enferma,
la pálida Marión está dormida;
apaga, pues, tu voz, deja que duerma.

No ofreció la fortuna á su cabeza
el peso embriagador de una corona,
ni sus manos tuvieron la riqueza
que el destino en las arcas amontona;

Y en su ignoto abolengo no tenía
el lustre de marqueses ni barones,
mas su cuerpo ardoroso recorría
limpia sangre de honrados corazones.

Brotaban como arroyo fugitivo
generosas ideas de su mente,
pues amor, con su labio compasivo,
un beso de bondad puso en su frente.

¿Por qué esa niña que al amor incita
hirió el dolor con su venable artero,
y su planta de seda precipita
del vicio por el áspero sendero?

¿Por qué su faz como cansada inclina?
¿Acaso entre sus háilitos mortales,
los besos de una boca libertina
desfloraron sus labios virginales?

Ya se encuentra su espíritu infamado,
y los ardores de un amor candente
estremecen su cuerpo delicado
con rudas convulsiones de serpiente.

Risueña voluptuosa, hace un instante,
por un dulce deseo enardecida,
estuvo entre los brazos de un amante.
Mas la lucha cesó; quedó vencida,

Y cayó sobre el lecho fatigada,
como págil robusto que en la arena
cruel cansancio á la tierra ensangrentada
sus miembros poderosos encadena.

Moralistas, filósofos austeros
que deseáis dirigir nuestro destino:
que tengan más piedad vuestros aceros.
Vosotros, que observáis en el camino

Cansados ojos que el dolor retrata
y rostros soñolientos de mendigo,
¿sus signos pavorosos no os delatan
bocas sin pan y cuerpos sin abrigo?

¿No observáis que su suerte no remuda
la hambrienta tribu que en la senda grita?
¿Que al brillo del honor el hambre ruda
con sus soplos helados debilita,

y abandonando el elevado juicio
del Bien, la turba hacia el abismo rueda
á buscar entre el légamo del vicio
con mano temblorosa una moneda?

¿Quién al pálido monstruo ha encadenado
Hambre, sed; Miseria abrumadora:
de la tierra en el polvo ensangrentado
gobierna vuestra planta vencedora!

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA

El arca

 PENAS oyó el ruido de las muletas, abrió Lucas completamente los ojos turbios y ardientes que dirigió hacia la puerta, en cuyo umbral iba á aparecer su hermano. Toda su cara, enflaquecida por el padecer, devorada por la calentura, llena de granos rojizos, adquirió en el acto expresión de dureza casi furibunda. Asió convulsivamente las manos de su madre, gritando con bronca y entrecortada voz:

—¡Echale, échale! ¡No quiero verle! ¿oyes? No quiero verle nunca, nunca, ¿oyes?

Ahogábanse las palabras en la garganta. Sofocado por un acceso de tos, apretaba nerviosamente las manos de su madre y abríasele la camisa á cada esfuerzo del palpitante pecho. Tenía la boca hinchada, y en la barbilla una especie de costra formada por granos secos ya, que á cada esfuerzo se resquebrajaba y echaba sangre.

Su madre procuraba apaciguarle.

—No, hijo mío, no; no le verás más. Harás lo que quieras. Le echaré, le echaré. La casa es tuya, hijo, toda tuya. ¿Me entiendes?

El le tosía en la cara.

—¡Ahora, en seguida!—repetía con feroz insistencia, incorporándose en la cama, empujando á su madre hacia la puerta.

—Sí, hijo mío, ahora, en seguida.

Daniel se presentó en la puerta, sostenido por las muletas. Era un desdichado con una cabeza muy grande y muy pesada. Tenía el pelo tan rubio, que parecía blanco. Los ojos eran de dulce mirar, como de cordero, azules con pestañas de color claro.

Entró sin decir nada porque la parálisis le había quitado el habla. Pero vió los ojos de su hermano fijos en él con cruel energía y se detuvo en mitad del cuarto, apoyado en las muletas, perplejo, sin atreverse á dar un paso. Le temblaba visiblemente la pierna derecha, corta y torcida.

Lucas le dijo á su madre:

—¿Qué viene á hacer aquí el tullido ese? ¡Echale! Quiero que le echés. ¿Oyes? ¡En seguida!

Comprendió Daniel y miró á su madrastra que se levantaba ya. Le dirigió tan suplicante mirada, que no se atrevió ella á hacerle nada. Y entonces, sujetando una de las muletas con el sobaco, hizo con la mano libre un ademán de desesperación y dirigió hambrienta ojeada al arca del pan que estaba en un rincón. Aquella mirada decía: Tengo hambre.

—¡No, no! No le des nada—empezó á chillar Lucas, agitándose en la cama, imponiendo á la mujer el capricho de su odio.—¡Nada! ¡Echale fuera!

Daniel dejaba caer la cabezota sobre el pecho. Temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas. Cuando su madrastra le puso una mano en el hombro y le empujó hacia la puerta, rompió en sollozos, pero se dejó llevar.

Oyó en seguida cerrar la puerta y se quedó en la meseta, gimicndo con violento y continuo sollozar.

Lucas le dijo á su madre con rabioso acento:

—¿Lo oyes? Lo hace adrede para ponerme peor.

El sollozo del hermano continuaba, entrecortado de cuando en cuando por extraño gruñido, triste como el estertor de una bestia de carga moribunda.

—¿No lo oyes? ¡Anda y échale escaleras abajo!

La mujer se levantó de un brinco, corrió á la puerta y se fué sobre el mudo, levantando las ásperas manos, acostumbradas al golpe y al castigo.

Lucas, apoyado en los codos, decía:

—¡Más, más!

Callóse Daniel, golpeado. Bajó á la calle ahogando el llanto. Tenía hambre, porque llevaba dos días casi sin comer. Costábale trabajo arrastrar las muletas.

Pasó una turba de granujas corriendo detrás de una cometa que se elevaba cabeceando.

Unos tropezaron con él, diciéndole:

—¡Eh! ¡Tullido!

Otros le escarnecían, gritando:

—¡Corre, caballo!

Otro, aludiendo á la cabezota, le preguntaban con mofa:

—¿A cómo la libra de ese, tullido?

Otros, más cruel, le hizo caer una muleta y salió corriendo. El mudo se tam

baleó, cogió después trabajosamente la muleta y echó á andar. Gritos y risas de chiquillos se perdieron hacia el río. La cometa, semejante á un ave de país fabuloso, se elevaba en el cielo suavemente sonrosado. En el muelle cantaban á coro grupos de soldados. Era pasada la Pascua y hacía buen tiempo.

Daniel, que sentía en las entrañas los mordiscos del hambre, dijo para sí:

—Voy á pedir limosna.

El horno del panadero impregnaba el aura primaveral de grato olor á pan reciente. Pasó un hombre vestido de blanco con una tabla en la cabeza, en la cual tabla había hileras de dorados panes, humeantes aún. Dos perros iban detrás del hombre, levantando el hocico y meneando el rabo.

Daniel temió desfallecer de inanición, y pensaba:

—Tendré que pedir limosna, si no, me moriré de hambre.

Cafa lentamente el crepúsculo. Cruzaban por el cielo diáfano, multitud de cometas que se balanceaban, bajando ya hacia el suelo. Las campanas esparcían por la atmósfera, profundo y continuo zumbido.

Daniel decidió irse á la puerta de la iglesia.

Y allá se fué, casi á rastras.

La iglesia estaba abierta. En el fondo, el altar mayor, iluminado por temblorosas lucecillas, parecía una constelación. La puerta dejaba pasar débil perfume de incienso y de benjuí. De cuando en cuando vertía el órgano torrentes de notas.

Daniel sintió humedecerse los ojos con nuevas lágrimas, y pronunció con el corazón esta ferviente plegaria:

—¡Señor, Dios mío, auxiliadme!

Lanzó un acorde el órgano, que hizo vibrar como instrumentos los pilares: después, alegres notas claras. Resonó la voz de los sochantres. Devotos y devotas, de dos en dos ó de tres en tres, entraban por la única puerta. Daniel aun no se atrevía á tender la mano.

Cerca de él empezó á gemir un mendigo:

—¡Una limosna por Dios!

Avergonzóse el mudo entouces.

Vió á su madrastra entrar en la iglesia muy arropada en un manto negro. Y pensó:

—¿Y si yo me fuera á casa ahora que no está la madrastra?

Tan imperioso era el tormento del hambre, que no esperó más. Iba que volaba con sus muletas, en demanda del pan. Al pasar, le dijo una mujercilla riéndose.

—¿Vas á ganar el primer premio de carrera, tullido?

En un periquete llegó á casa, jadeante, palpitante. Subió la escalera con sigilo, tomando grandes precauciones. Buscó á tientas la llave en un hueco de la pared, donde solía dejarla su madrastra cuando salía. Dió con ella, y antes de abrir miró por la cerradura. Lucas parecía que dormía en la cama.

Daniel pensó:

—¡Si pudiera coger pan sin despertarle!

Dió vuelta á la llave, despacito, despacito, conteniendo el aliento, temiendo despertar á su hermano con los latidos de su corazón. Aquellos latidos le parecía que llenaban la casa de ensordecedor estrépito.

—¿Y si se despierta?—pensaba Daniel, temblando hasta los tuétanos, cuando se abrió la puerta.

Pero el hambre le hacía audaz. Entró, moviendo cuidadosamente las muletas, sin dejar de mirar á su hermano.

—¿Y si se despierta?

El hermano, tumbado boca arriba, respiraba al dormir penosamente. De cuando en cuando le brotaba de los labios ligero silbido. La única vela que había encendida en una mesa, proyectaba en la pared largas sombras móvedizas.

Llegado junto al arca, paróse Daniel para vencer el miedo. Miró al durmiente, y después, sujetando con los sobacos ambas muletas, trató de levantar la tapa. El arca dió un crugido seco.

Lucas abrió los ojos sobresaltado, vió lo que hacía su hermano y empezó á darle voces, moviendo las manos como un energúmeno.

—¡Ladrón, ladrón! ¡Socorro!

Pero el furor le ahogaba. Y mientras su hermano, encorvado encima del arca, cegado por la gazuza, buscaba con trémula mano un pedazo de pan, saltó de la ca-

ma y se arrojó sobre él para impedirle que lo sacara.

—¡Ladrón, ladrón!—gritaba enfurecido.

Bajó furiosamente la tapa, cogiendo el cuello á Daniel, que se agitaba desesperadamente, como víctima cogida en el lizo. Pero Lucas inutilizaba los esfuerzos del cautivo; había perdido la conciencia de lo que hacía y se echaba con todo su peso encima de la tapa, como para degollar á su hermano. Crugía la tapa, penetraba en la carne viva del cogote, aplastaba los vasos del cuello, trituraba venas y nervios, tanto, que al fin colgó un cuerpo inerte fuera del arca, cuerpo que no daba la menor señal de vida.

Entonces, al ver al tullido a-esinado, loco pavor invadió el alma del fratricida.

Atravesó dos ó tres veces, tambaleándose, el cuarto que llenaba de espantos la luz de la vela, cogió á puñados las mantas, se las echó encima, se envolvió en ellas de piés á cabeza, se tapó hasta la cara y se ocultó después debajo de la cama. En medio del silencio rechinaba su dentadura, como la lima mordiendo acero.

GABRIEL D'ANNUNZIO

Inscripción funeraria

PASAJERO: no turbes mi placidez serena con libación inútil ó sufrimiento vano; el vuelo de las Horas me arrebató temprano como, al pasar, arrastra la brisa una falena.

Mi largo y dulce sueño no amargará tu pena; como de las cigarras el sibilante lejano, se perderá en los aires todo gemir humano, rumor de espuma ó dulce lamento de sirena.

Mas, si tu marcha sigues con rumbo á Mitilene si ante mi hogar, un día, tu planta se detiene y cruzas los umbrales, y si mi madre llora.

Besa su frente, donde crecieron albos lirios, ocúltale mi muerte, y engaña sus martirios diciéndole que habito las islas de la Aurora.

LEOPOLDO DIAZ

Momento de oro

HAY en la vida de cada hombre un momento de oro, una cima luminosa en la cual le aguarda y donde recibe cuanto le es dado esperar en punto á

prosperidades, á goces, á triunfos. La cumbre es más ó menos elevada, más ó menos áspera é inaccesible, pero existe de igual suerte para todos, para los grandes como para los pequeños. No hay sino que, á la manera de ese día más largo del año en que el sol agota todos sus bríos y cuya mañana parece un primer paso hacia el invierno, ese *summi* de las existencias humanas no dura más que un sólo momento, después del cual no cabe sino bajar. ¡Pobre hombre! Recuerda bien el esplendor efímero de ese momento de oro. En ese punto alcanzaste la plenitud de tu verano; las flores se deshojaban en perfumes, doblándose las ramas al peso de la dorada fruta, los campos eran cielo de espigas cuyos granos tirabas tú tan miserablemente. Pero tu estrella comenzará á palidecer, poco á poco irá borrándose y descendiendo á su ocaso, pronto sus destellos no conseguirán romper las lúgubres tinieblas en cuyo seno va á cumplirse tu destino.

ALFONSO DAUDET

Paísaje

(De COPOS DE HUMO)

EL negro vientre de la tierra amiga desgarran los arados bienhechores; vierte el sol sus aljabas de fulgores sobre los granos que darán la espiga.

Sin que les acobarde la fatiga y envueltos de la siesta en los vapores, con ruda mano van los labradores libertando los surcos de la ortiga.

El suelo hierve al amoroso beso del astro rey, y su testuz al peso fatigoso del yugo, el buey inclina.

Fuego de horno en el campo se derrama y una dorada y deslumbrante llama las blancas flores del jaraíl calcina.

JERÓNIMO J. REINA

Gladiatorie

(Á UN SUICIDA)

EL combate de la vida humana vencido fué por la contraria suerte, y ya la sangre que su pecho vierte corre en la arena que se tinte en grana.

Le insulta aun la turba que villana
en las gradas del circo se divierte
comentando detalles de su muerte
como lo hiciera la crueldad romana.

Y al olor de la sangre, enardecida
espera ver el espolario abierto,
arrastrar el cadáver del suicida,

Y execrar su torpeza y desacierto,
cantando las dulzuras de la vida
frente á la triste rigidez del muerto.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Máximo Jerez

JEREZ ha muerto! El amigo de Barrundia, de Cabañas y Gerardo Barrios, no existe ya. Aquel robusto y venerable vástago de la familia del heroísmo y del martirio, se ha extinguido el último; pero dejando en la atmósfera centro-americana tal reguero de luz y de ideas, capaces de dar vida y alimentar á cien generaciones, y de elevarnos en no lejano día, á la inmortal creación de la patria.

Jerez ha muerto! Y ha muerto como Barrundia, en la tierra clásica de la libertad y de la República; y ha muerto como aquél acariciando en su vasta mente grandes proyectos de libertad democrática, de progreso civilizador y de patria regenerada. Y ha muerto cuando uno de los sucesores más dignos de Washington, el General Garfield, cuando uno de los hombres de Estado, de vistas más extensas en la gran República, Mr. Blaine, habían hablado á su alma noble y entusiasta, á su corazón intrépido y ardiente, palabras de aliento y simpatía por la grande y única causa de Centro-América, la Unidad Nacional.

Jerez ha muerto materialmente, como en medio de una fruición ó de un deliquio patriótico.

Jerez estaba atacado. Jerez padecía la sublime enfermedad de la patria. En el enfermo único de esta clase, que nosotros hayamos conocido en Centro-América. Esa pasión vehemente, ese amor acendrado, intenso, delirante por la patria de nuestros mayores, forma toda la trama de su larga y tempestuosa vida pública. Jerez como revolucionario, como soldado, como sabio, como político, como diplomático; Jerez en la cátedra, en la tribuna, en los consejos del Gobierno, en los campos de batalla, jamás tuvo otro objetivo ni otro ideal. Jerez era como el apóstol lapidario de la Unión Nacional. Donde quiera, y en todas las ocasiones, ya solemnes, ya vulgares de la vida, allí estaba él con su idea, su eterna é inseparable compañera.

Lumático sublime, asciende en olas de luz y de gloria á la cumbre de la inmortalidad! Ese es tu puesto. La juventud centro-americana, esta juventud ilustrada, entusiasta y nutrida de nobles y generosas ideas; la juventud liberal que tiene hambre y sed de patria, y que te ha llamado siempre maestro y padre intelectual y político, hoy, en el día del eterno eclipse y del supremo dolor, hará la promesa solemne de realizar el grande hecho, la revolución magna de que has sido el precursor.

ADOLFO ZÚNIGA

À les cosas sin alma

Cosas sin alma que os mostráis á ella
ó la servís en muchedumbre tanta.
temblad! La móvil hora no adelanta
sin imprimiros destructora huella.

De la materia resistente y bella
tomad lo que más dura y más encanta;
si sois piedra, sed mármol; si sois planta,
sed laurel; si sois llama, sed estrella.

Mas no esperéis la eternidad. El lodo
se disuelve en la onda que lo crea
Dios y la idea por diverso modo,
pueden sólo flotar en la marea
del objeto y del ser. Dios sobre todo,
y sobre todo lo demás la idea.

SALVADOR DÍAZ MIRON

El corazón delataador

Es verdad! Soy muy nervioso, espantosamente nervioso; siempre lo fuí, pero ¿por qué pretendéis que esté loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, mas sin destruirlos ni embotarlos. Tenía el oído muy fino; ninguno le igualaba; he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿Cómo he de estar loco? ¡Atención! Ahora veréis con qué sano juicio y con qué calma puedo referiros toda la historia.

Me es imposible decir cómo me ocurrió primeramente la idea; pero una vez concebida, no pude desecharla ni de día ni de noche. No me proponía objeto alguno, ni me dejaba llevar de una pasión. Amaba al buen anciano, pues jamás me había hecho daño alguno, ni menos insultado; no envidiaba su oro; pero tenía una cosa desagradable. ¡Era uno de sus ojos, sí, esto es! Asemejábase al de un buitre y tenía el color azul pálido. Cada vez que este ojo fijaba en mí su mirada, helábaseme la sangre en las venas; y lentamente, por grados, comenzó á germinar en mi cerebro la idea de arrancar la vida al viejo, á fin de librarme para siempre de aquel ojo que tanto me molestaba.

¡Hé aquí el *quid!* Me creéis loco; pero advertid que los locos no saben nada. ¡Si hubiérais visto con qué buen juicio procedí, con qué tacto y previsión, y con qué disimulo puse manos á la obra! Nunca había sido tan amable con el viejo como durante la semana que procedió al asesinato. Todas las noches, á eso de las doce, levantaba el picaporte de la puerta y la abría; pero ¡qué suavemente! Y

cuando quedaba bastante espacio para pasar la cabeza, introducía una linterna sordamente bien cerrada, para que no filtrase ninguna luz, y alargaba el cuello. ¡Oh! os hubiérais reído al ver con qué cuidado procedía. Movía lentamente la cabeza, muy poco á poco, para no perturbar el sueño del viejo, y necesitaba al menos una hora para adelantarla lo suficiente á fin de ver al hombre echado en su cama. ¡Ah! un loco no hubiera sido tan prudente. Y cuando mi cabeza estaba dentro de la habitación, levantaba la linterna con sumo cuidado, ¡oh! con qué cuidado, con qué cuidado! porque la charnela rechinaba. No la abría más de lo suficiente para que un imperceptible rayo de luz iluminase el ojo de buitre. Y he hecho esto durante siete largas noches, hasta las doce; pero siempre encontré el ojo cerrado, y de consiguiente, me fué imposible consumir mi obra, porque no era el viejo lo que me incomodaba, sino su Mal Ojo. Todos los días, al amanecer, entraba atrevidamente en su cuarto y hablábale con la mayor serenidad, llamándole por su nombre con tono cariñoso, y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya veis, por lo dicho, que debía ser un viejo muy perspicaz para sospechar que todas las noches hasta las doce le examinaba durante su sueño.

Llegada la octava noche, procedí con más precaución aún para abrir la puerta; la aguja de un reloj se hubiera movido más rápidamente que mi mano. Mis facultades y mi sagacidad estaban más desarrolladas que nunca, y apenas podía reprimir la emoción de mi triunfo.

¡Pensar que estaba allí, abriendo la puerta poco á poco, y que él no podía ni siquiera soñar en mis actos, ni menos imaginar mis pensamientos secretos! Esta idea me hizo reír; y tal vez el durmiente oyó mi ligera carcajada, pues se movió de pronto en su lecho como si se despertase. Tal vez creeréis que me retiré; nada de eso; su habitación estaba negra como la pez; tan espesas eran las tinieblas, pues mi hombre había cerrado herméticamente los postigos por temor á los ladrones; y sabiendo que no podía ver la puerta entornada, seguí empujándola más, siempre más.

Había pasado ya la cabeza y estaba á punto de abrir la linterna, cuando mi pulgar se deslizó sobre el muelle con que se cerraba, y el viejo se incorporó en su lecho exclamando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí inmóvil sin contestar; durante una hora me mantuve como petrificado, y en todo este tiempo no le ví echarse de nuevo: seguía sentado y escuchando, como yo lo había hecho noches enteras.

Pero he aquí que de repente oigo una especie de queja débil, y reconozco que era debida á un terror mortal; no era de dolor ni de pena ¡oh, no! Era el ruido sordo y ahogado que se eleva del fondo de un alma poseída de espanto. Yo conocía bien este rumor, pues muchas noches, á las doce, cuando todos dormían, le oí producirse en mi pecho, aumentando con su eco terrible el terror que me embargaba. Por eso comprendía bien lo que el viejo experimentaba, y compadecíale, aunque la risa entreabriese mis labios. No se me ocultaba que se había mantenido despierto desde el primer ruido, cuando se revolvió en el lecho; sus temores se acrecentaron, y sin duda quiso persuadirse de que no había causa para ello; mas no pudo conseguirlo. Sin duda pensó: "Eso no sera más que el viento en la chimenea, ó un ratón que corre, ó algún grillo que canta." El hombre se esforzó para confirmarse en estas hipótesis, pero todo fué inútil; *era inútil* porque la Muerte, que se acercaba, había pasado delante de él con su negra sombra, envolviendo en ella á su víctima; y la influencia fúnebre de esa sombra invisible era la que le hacía sentir, aunque no distinguiera ni viera nada, la presencia de mi cabeza en la habitación.

Después de esperar largo tiempo con mucha paciencia sin oírle echarse de nuevo, resolví entreabrir un poco la linterna; pero tan poco, tan poco, que casi no era nada; abríla tan cautelosamente, que más no podía ser, hasta que al fin un sólo rayo pálido, como un hilo de araña, saliendo de la abertura, proyectóse en el ojo de buitre.

Estaba abierto, muy abierto, y yo me enfurecí apenas le miré; vile con la ma-

yor claridad, todo entero, con su color azul opaco, y cubierto de una especie de velo hediondo que heló mi sangre hasta la médula de los huesos; pero esto era lo único que veía de la cara ó de la persona del anciano, pues había dirigido el rayo de luz, como por instinto, al maldito ojo.

¿No os he dicho ya que lo que tomabais por locura no es sino un refinamiento de los sentidos? En aquel momento, un ruido sordo, ahogado y frecuente, semejante al que produce un reloj envuelto en algodón, hirió mis oídos; *aquel rumor*, lo reconocí al punto, era el latido del corazón del anciano, y aumentó mi cólera, así como el redoble del tambor sobreexcita el valor del soldado.

Pero aun me contuve y permanecí inmóvil, sin respirar apenas, y esforzándome en iluminar el ojo con el rayo de luz. Al mismo tiempo, el corazón latía con mayor violencia, cada vez más precipitadamente y con más ruido. El terror del anciano *debía* ser indecible; pues aquel latido se producía con redoblada fuerza cada minuto. ¿Me escucháis atentos? Ya os he dicho que yo era nervioso, y lo soy en efecto. En medio del silencio de la noche, un silencio tan imponente como el de aquella antigua casa, aquel ruido extraño me produjo un terror indecible. Por espacio de algunos minutos me contuve aún, permaneciendo tranquilo; pero el latido subía de punto á cada instante; hasta creí que el corazón iba á estallar, y de pronto sobrecogíome una nueva angustia: ¡algún vecino podría oír el rumor! Era llegada la última hora del viejo: profiriendo un alarido, abrí bruscamente la linterna y lancéme en la habitación. El buen hombre solamente dejó escapar un grito: no más uno. En un instante le arrojé en el suelo, echando sobre él todo el peso enorme de la cama; y entonces sonreí de contento al ver mi tarea tan adelantada; pero durante algunos minutos el corazón latió sordamente, aunque esta vez ya no me atormentaba, pues no se podía oír á través de la pared. Al fin cesó la palpitación, porque el viejo había muerto; levanté la cama y examiné el cadáver: estaba rígido, completamente rígido; apoyé mi mano sobre el corazón, y la tuve aplicada algunos minutos; no se

oía ningún latido; el hombre había dejado de existir, y su ojo desde entonces ya no me atormentaría más.

Si permitís en tomarme por loco, esa creencia se desvanecerá cuando os diga qué sabías precauciones adopté para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y yo comencé á trabajar activamente, aunque en silencio; corté la cabeza, después los brazos, y por último las piernas.

En seguida arranqué tres tablas del suelo de la habitación, deposité los restos mutilados en los espacios huecos, y volví á colocar las tablas tan hábil y diestramente, que ningún ojo humano, ni aun el *suyo*, hubiera podido descubrir nada de particular. No era necesario lavar mancha alguna, gracias á la prudencia con que procedí. Un barreño lo había absorbido todo. ¡Jahl! ¡Jahl!

Terminada la operación, á eso de las cuatro de la madrugada, aun estaba tan oscuro como á media noche. Cuando el reloj dió las horas, llamaron á la puerta de la calle, y yo bajé con la mayor calma para abrir, pues ¡qué podía temer ya? Tres hombres entraron, anunciándose cortesmente como oficiales de policía; un vecino había oído un grito durante la noche; esto bastó para despertar sospechas, envióse un aviso á las oficinas de policía, y los señores oficiales se presentaban para visitar el local.

Yo sonreí, porque nada debía de temer, y recibiendo cortesmente á aquellos caballeros, díjeles que yo era quien había gritado en medio de mi sueño; añadí que el viejo estaba de viaje, y conduje á los oficiales por toda la casa, invitándoles á buscar, á registrar perfectamente. Al fin entré en *su* habitación, y mostré sus tesoros, completamente seguros y en el mejor orden. En el entusiasmo de mi confianza ofrecí sillas á los visitantes para que descansaran un poco; mientras que yo, con la loca audacia de un triunfo completo, coloqué la mía en el sitio mismo donde yacía el cadáver de la víctima.

Los oficiales quedaron satisfechos, y convencidos por mis modales; yo estaba muy tranquilo; sentáronse y hablaron de cosas familiares, á las que contesté alegremente; mas al poco tiempo conocí que

palidecía y ansié la marcha de aquellos hombres. Me dolía la cabeza; parecíame que los oídos me zumbaban; pero los oficiales continuaban sentados, hablando sin cesar. El zumbido se pronunció más, persistiendo con mayor fuerza; púseme á charlar sin tregua para librarme de aquella sensación, pero todo fué inútil, y al fin descubrí que el rumor no se producía en mis oídos.

Sin duda palidecí entonces mucho, pero hablaba con más viveza todavía, alzando la voz, lo cual no impedía que el sonido fuera en aumento. *¿Qué podía hacer yo? Era un rumor sordo, ahogado, frecuente, muy análogo al que produciría un reloj envuelto en algodón.* Respiré fatigosamente; los oficiales no oían aún. Entonces hablé más aprisa, con mayor vehemencia; pero el ruido aumentaba sin cesar.—Levantéme al punto y comencé á discutir sobre varias nimiedades, en un diapason muy alto y gesticulando vivamente, mas el ruido acrecia. *¿Por qué no querían irse aquellos hombres? Apartando que me exasperaban sus observaciones, dí varias vueltas de un lado á otro de la habitación; mas el rumor iba en aumento. ¡Dios mío! ¿Qué podría hacer! La cólera me cegaba; comencé á renegar; agité la silla donde me había sentado, haciéndola reclinarse sobre el suelo; pero el ruido dominaba siempre de una manera muy marcada... Y los oficiales seguían hablando, bronceaban y sonreían. ¿Sería posible que no oyesen? ¡Dios todopoderoso! — ¡No, no! ¡Oían! ¡Sospechaban; lo sabían todo; divertíanse con mi espanto! Lo creí y lo creo aún. Cualquiera cosa era preferible á semejante burla; no podía soportar más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. ¡Comprendí que era preciso gritar ó morir! Y cada vez más alto, ¿lo oís? ¡Cada vez más alto, siempre más alto!*

—¡Miserables!—exclamé.—No disimuléis más tiempo; confieso el crimen; ¡Arracad esas tablas; ahí está, ahí está! ¡Es el latido de su espantoso corazón!

EDUARDO POE

Oasis

DORNA el León.
Junto á las tres palmeras
se amansa el sol. Existe
el agua. Y Dios deja un momento
que los pobres camellos se arrodillen...
Junto á las tres palmeras
el árabe tendido al fin sonrío
y suspiraDamasco
lejos aun le aguarda. Los confines
del horizonte brillan encendidos.
Un silencio terrible
llena el aire.....en la arena
tiembla la sombra clásica de un tigre.

MANUEL MACHADO

¿dónde ir?

¿dónde ir? Los brutos de mis piés
me llevarían voluntariamente á Ale-
mania, pero mi corazón sacude prudente-
mente la cabeza y parece decirme:

"La guerra ha terminado, es cierto,
pero los Tribunales militares subsisten
aún, y se me dice que tú has escrito al-
guna vez muchas cosas fusilables."

Es verdad, me sería altamente degra-
dable ser pasado por las armas. No soy un
héroe: me falta la gesticulación patética.

Iría con mucho gusto á Inglaterra, si
no hubiera allí humo de carbón é ingle-
ses: su sólo olor me produce náuseas.

A veces me viene la idea de marcharme
á América: el grande establo de la liber-
tad, que habitan los rústicos de las selvas
primitivas del egoísmo; pero le temo á
un país en que los hombres mascan el ta-
baco, juegan á las cartas sin rey y escu-
pen sin escupideras.

La Rusia, ese bello imperio, me con-
vendra tal vez, pero en el invierno no
podría yo soportar el *Knout*.

Triste, contempló el cielo en que tantos
millones de estrellas nos sonríen, pero
mi propia estrella no la puedo descubrir
en parte alguna.

Tal vez en ese laberinto de oro, ella se
ha extraviado en el cielo, como me he
extraviado yo mismo en esta barahunda
de aquí abajo.

ENRIQUE HEINE

NOTAS

Palabras legendarias.

Ni el oro del Guayape, ni las perlas
del Golfo de Nicoya, volverán á adornar
la corona del Marqués de Aycinena, ni el
pueblo centro-americano verá más esta
señal oprobiosa de su antigua esclavitud;
pero si alguna vez brillase en su frente
este símbolo de la aristocracia, será el
blanco de los tiros del soldado republica-
no.—*Francisco Morazán*

Reproducción.

La República, de San José de Costa Ri-
ca, reproduce, en sus números correspon-
dientes á los días 4, 5 y 6 de agosto últi-
mo, nuestro artículo *Periodismo*.

Venus

De Venus, reina del amor, oh diosa,
reina de las sonrisas, deja el cielo,
desciende presurosa
y al llegar á mi alcoba pára el vuelo;
en el festín alegre y soberano
escancia el vino; y que la copa de oro
pase de mano en mano
rebotando del néctar que yo adoro:
ve que sólo mi techo presta abrigo
al que de Venus es constante amigo.

SAPFO

Permanentes.

—*Agradeceríamos á los periódicos y re-
vistas con quienes tenemos establecido el
canje, la reproducción de nuestros suma-
rios.*

.. *Esperamos que las publicaciones que
reproduzcan nuestros materiales extran-
jeros, indiquen su procedencia. Esto lo
creemos de estricta justicia; ya que nos
ocasiona un trabajo especial la esmerada
labor de selección.*